

EL SECRETO DE LA ABUELA

En un pequeño pueblo en las montañas, había un cementerio de bicicletas que estaba escondido en lo más profundo del bosque. Nadie sabía cómo había podido llegar allí ni cómo había sido posible reunir tantas bicicletas en ese lugar, pero en torno a él había nacido una leyenda que era conocida por todos los habitantes del pueblo.

Una tarde soleada, Lucas fue a visitar a su abuela Rosa. Solía ir todos los domingos a la misma hora y preparaban galletas de chocolate mientras escuchaban los viejos vinilos de música de los 50, que sonaban en aquel tocadiscos que le habían regalado el día de su boda. Lucas siempre miraba expectante mientras aquel objeto daba vueltas y vueltas y vueltas... y se preguntaba cómo era posible que un cachivache tan antiguo fuera capaz de reproducir música con una simple aguja rozando en el disco.

Aunque pareciera una tontería, al niño también le gustaba la música de la abuela, sobre todo cuando se ponía a contar las historias escondidas en cada vinilo, en cada canción, en cada melodía.

Pero esa tarde fue diferente.

—Abuela, ¿por qué hay tantas bicicletas viejas escondidas en el bosque?

La abuela lo miró sorprendida.

—¿Qué hacías tú solo allí? ¡Es peligroso!

—Yo solo no, yaya. Fui con Eliot —corrigió el niño.

Eliot era un pequeño perro marrón y peludo de orejas grandes.

—Mi amigo Dani me dijo que hay una historia tras ese montón de bicis viejas, pero no me la quiere contar —añadió triste.

—Está bien —cedió la abuela—, te contaré la historia si me prometes que nunca volverás a ir allí. ¡Y menos tú solo!

La abuela Rosa decidió contarle a su nieto, Lucas, el misterio detrás de aquel extraño cementerio de bicicletas. Se sentaron juntos en el viejo columpio del porche y comenzaron a hablar.

—Verás, pequeño Lucas —comenzó la abuela—, ese montón de bicicletas viejas esconde una historia muy perturbadora tras sus ruedas.

Lucas se acomodó en el gran columpio de madera y cogió el cojín rosa que tenía a su izquierda para poder abrazarlo mientras escuchaba los relatos de su abuela.

—Cuenta la leyenda que cada dueño de las bicicletas de ese cementerio desapareció hace años.

—¿Qué quieres decir, abuelita? —dijo el niño un poco asustado.

—Sergio García, por ejemplo, era mi vecino cuando yo era una niña y siempre jugábamos juntos en el jardín —le explicó la abuela. El día de su cumpleaños le regalaron una llamativa bicicleta naranja. Él decidió ir al bosque y estrenar su regalo, pero nunca más volvió a casa. Los vecinos y habitantes del pueblo lo estuvimos buscando durante meses, pero lo único que apareció fue su bicicleta naranja en lo más profundo del bosque.

Rosa parecía estar un poco apenada con lo sucedido. A pesar de los años, la situación le seguía afectando y Lucas lo notó, así que se acercó a su abuela y apoyó la cabeza en su hombro.

—Sergio fue el primer caso —continuó Rosa—. Después de él, cada persona que iba al bosque desaparecía y solo se encontraba su bicicleta, todas en el mismo sitio.

—Entonces, ¿cada bicicleta equivale a una persona desaparecida? —preguntó Lucas muy asustado.

—Exacto. Por eso te ruego que, por favor, nunca jamás vuelvas al bosque.

—Te haré caso, yaya. Nunca más volveré a pisar ese bosque.

Lo que Lucas no sabía es que en lo más hondo del montón de bicicletas yacía una pequeña bici de un color rosa desgastado por el tiempo, unos flecos sucios del mismo color a los costados del manillar, las ruedas desinfladas con los ruedines casi separados del resto del vehículo y las cadenas rotas. Justo debajo del manillar, unas letras cursivas formaban un nombre: *Rosa Ponce*.